

NOSTALGIA DE PENÉLOPE

Juan Antonio Molina

Ya en aquel tiempo los que habían podido escapar de una muerte horrorosa estaban en sus hogares, salvos de los peligros de la guerra y el mar; y solamente Odiseo, que tan gran necesidad sentía de restituirse a su patria y ver a su consorte, hallábase detenido en hueca gruta por Calipso, la ninfa veneranda, la divina entre las deidades, que anhelaba tomarlo por esposo. Con el transcurso de los años llegó por fin la época en que los dioses habían decretado que volviese a su patria, Ítaca, aunque no por eso debía poner fin a sus trabajos, ni siquiera después de juntarse con los suyos. Y todos los dioses le compadecían, a excepción de Poseidón, que permaneció constantemente irritado contra el divinal Odiseo hasta que el héroe no arribó a su tierra.

HOMERO

Prefacio

By pasión the world is bound, by
passion too it is released.

The Hevajra Tantra

El horizonte se exhibe arrastrando las sombras
en dirección al plenilunio, místicos horrores,
savias inauditas de la noche bocabajo
que, como un tajamar, hiende la espuma
de la rosa y el laurel dichoso.
Reverdecen los rumores elementales
de la tarde en la lucerna, las premoniciones
caliginosas que obstinadamente nos traen los sueños.
Tus manos, posadas sobre las perversas amapolas,
en la inútil teología de limo y la lombriz, con pasos afelpados,
buscarán el coriáceo momento del infame rostro de la nada.
No me des tregua, alimenta el fuego de colinas y vientos,
corre y regresa, sin luna, sin luz, sin combate,
todo me empuja, sólo te encuentro si estás sola
[en esta noche huida del mundo.
El deseo despierta y construye miradas en el desfiladero,
quietud, sombras que vacilan, esplendor anegado,
todo el universo disuelto con una verde vibración.
Ademán de ave por el cielorraso, palabras de vigilia,
osadía del cuerpo hacia las piedras iluminadas por la luna.
Nuestras manos son instantes que se sueñan
en esta noche rojiza de puritana amnesia,
alabastro desgajado de templos caídos,
flor sin sangre ni estiércol, brazalete de islas invisibles
como cántaros rotos junto a yertos manantiales,
sube el cristal de tu cuerpo hasta el confín
de la perdida memoria, certero como un dardo en el tiempo,
huido del beso y del olvido.
Progresa tu silueta en el sol de nieve y lapislázuli,
en la luz incierta de vertiginoso silencio,
en el resplandor del instante impalpable
que nos tiende puentes para atravesar la noche,
rompe las sombras de las soledades despeñadas,

de los confines borrados sobre la cal negra,
y todo está por comenzar y un instante es perpetuo
en el vértigo de tu presencia impenetrable.
Tiempo invertido en las manos ciertas
donde el amor descansa y se petrifican los nombres.
Hora violada de laberintos y espesuras,
la conciencia se hace agua y anega los ámbitos
insondables del tiempo, como granos de luz y vidrio,
se viste de nostalgia dura y ósea, manándose,
hasta la muerte discreta del recuerdo.
Como obeliscos derribados en los oscuros piélagos
de las arrebatadas caricias,
ha venido la noche en un silencio indivisible
y súbito, en círculos de basalto, a restaurar las biseladas
sombras del adiós.
Se apagan como farolas los jacintos que crecen en búcaros
de zafiro y barro, duermen las calles entumidas,
enigma de aceras e imbornales bajo las negras espadañas.

*(Vuelan murciélagos y unicornios por las conciencias
dormidas,
ensoñaciones que son como dagas y alfileres clavados
en los petrificados árboles de sangre despeñada,
en la pequeña tiniebla de los párpados de sílex.
Desterrados pensamientos en guerra atacan
con zarpas de plomo y ventanas suspendidas,
sobre lechos mendicantes de nácar puntiagudo).*

Los pensamientos se confunden, serpean, zumban
entre dardos y espigas henchidas de remotas eternidades,
fundan islas de amianto y roca en viejos
cielos de sosegado y ambiguo pedernal.
Fulgores de agua rodean las constelaciones,
agua donde verdean las pequeñas alegrías
de los días inciertos, de los instantes marchitados
en los fríos laberintos de las vísperas.

Niebla licuada entre las manos del alma
hasta que el amanecer lanza su primer cuchillo.

Canto I

En las vísperas celestes de inhóspitas caricias,
hilatura ceremoniosa de las horas, ilesos
corazones abren naufragios y lumbreras,
espadas que fueron robles en otras manos,
sonoras calcomanías de fagot aperchadas
como pájaros.

Convictas manos nombran endechas
para un mar unánime que mana profecías envuelto
en sinoples de glicinas y musgo. Redobles iracundos,
jadeo de la tierra entre geografías abolidas, corredores
sin final, donde los leopardos beben todos los sueños
en los líquidos árboles del insomnio.

Un instante
rescatado a la noche frente a la eternidad, nos sostiene
en nuestra porción de tiempo y esperanza, con rostro
de lluvia oscura y cuerpos desnudos inertes y sustanciales.
Galerías de sonidos, comezón de otoño desolado,
todo se transfigura ante nuestra mirada incrédula.
Cenizas y féretros, temblando desde la matriz del tiempo,
nacen en las manos del que sueña, conjuro de arcángel
y jilguero, potencias últimas en la despojada magnolia,
uñas que se clavan en las negras bahías sin luna.
Estupor y piedra de este lado del vacío, enramadas
de agua para la voz inextinguible de la noche,
ecos que se multiplican y dispersan, fluyen y desaparecen
creando arpegios de vidrio sobre las rosas muertas.
Con qué tenacidad se nos muestran las sombras
e imponen su ascensión, formas desiguales
donde no es posible reconocerse, momentos
vencidos en los descarnados palenques
de inmóviles rostros y manos deshabitadas.
En los pulsos de la sangre, en el fulgor
de una cabellera desmayándose en la alcoba,
la eternidad avanza como un diamante disuelto en la oscuridad,
en espacios que se desvanecen en un súbito
resplandor de fuego. Un estertor calcáreo arde, se incrusta
en la piel, desaparece entre árboles nocturnos, nos reclama,
huido, el tacto elemental de la serpiente o el marfil
para detener el vértigo de la noche.

Pedernal desatado de los cuerpos
en estas ensoñaciones sin nombres ni palabras.

Canto II

O soleil c'est le temps de la Raison ardente

APOLLINAIRE

Inmóvil

**en las invisibles cataratas de cristal y piedra, la víbora
del tiempo es mediodía iracundo y llameante
de palomas en las manos, urdimbre de agua adormecida,
pájaros del sueño en las caligrafías del aire, tótem
de sonidos enlazados, atardecer de murciélagos violetas
y ocre singladuras de cal y salitre.**

Quieta

**como una gota de agua del tamaño del mar,
la noche me sostiene en sus manos grises,
bajo la vibración del cielo donde las horas crecen
en los multiplicados cónclaves de arena e insomnio,
en las estatuas de lluvia y el vidrio de las miradas infinitas.**

Lágrima

**en el incesto de los espejos que adoran a las estrellas
y a los labios del deseo, en los espacios obscenos
donde las sombras buscan sus nombres impronunciables,
huellas impías en la vacuidad eternamente ausente.**

**Murmullo agonizante en las débiles sílabas del olvido:
soy la sombra de mis propias palabras.**

Canto III

**Fair seed-time had my soul, and I grew up
Foster'd alike by beauty and by fear...**

W.W., The Prelude.

**Un colmillo de luz,
una bocanada ardiente,
pujan con las pájaros
por el tiempo redimido,
entre gotas virginales
y tierra conmovida.**

**Continente ciego
de cuerpos deshabitados,
inermes,
fértils en la alegría
de la inmortalidad.**

**Palabras,
imperceptiblemente.**

Canto IV

**La ciudad borbotea: las burbujas
revientan en la superficie...**

JOSÉ HIERRO, Cuaderno de Nueva York

**La niebla, con sus alas formidables, cubre
la ciudad melancólica y sin flores,
pasean por los biseles de sus aceras
cuerpos de barro y gritos de escorpión.
Puente entre altos muros de agua
sobre el agua negra que arrastra objetos y sueños,
impenetrable oquedad que revienta en los límites
estelares que fingen sombras, prófugos semblantes
sedientos de luz, sierpe que afila sus colmillos
contra nada. Espero el calor de tus manos
en la ausencia del lirio, en la garra del tigre,
en el huido terciopelo que convierte en agua
el silex de la noche. En el tiempo prematuro
y el deseo fugado soñaré tu voz, entre ese
[murmullo que es mar,
velamen yerto de ramas entretrejidas donde
susurra el avefría y la alcuza con gladiolos
avanza sobre la linterna mágica del atardecer,
pide para nosotros el otoño clemencia,
silencio de alfanjes para el moho en nuestras
mejillas y para nuestros corazones de saurios
luminosos. Se nos fue el tiempo en el estaño
y en la roca, en las desvalidas sombras
de los halcones ciegos, con la humedad del alba
que nos traía jazmines hundidos en féretros de zinc.
Violentamente la perdida memoria golpea el arrecife
de nuestra antigua mirada, allí donde la memoria
es una forma de adiós, un escalofrío sereno
[de silencioso olvido.**

Canto V

Se trata de ordenar estos datos dispersos.

PERE GIMFERRER

Transcurre el tiempo con pasos sonámbulos de agua
por acantilados mudos como el mihrab de una mezquita,
entre serpientes sin ojos, manos feroces,
madrugadas de yodo en los opacos cartílagos de los vientos navegantes
donde reposan henchidas las fértiles palabras nunca pronunciadas.

En la más oscura de las noches, en el plomo
irreal donde se quiebran los planetas
y los pájaros andróginos en sus viejos eucaliptos,
el codicioso lirio agota su gesto,
grito de zarpa y de párpados de piedra
entrelazados en remotas señales de sangre.

Voces antiguas, inciertas como puñales en desorden,
sobrevendrán agudas y certeras, necesaria
teogonía de ensalmos y primitivos amaneceres
dispuestos para el Apocalipsis y los caminos luminosos.
Universos invertidos, lunas abiertas al óxido de la tarde,
a las murmuradoras acequias del olvido que huyen
por los puñales y las cicatrices del viento petrificado.

Taciturnos guerreros de seda y lapislázuli, en vísperas
de grávidos palenques y sombras de harapos, crepúsculos
cadavéricos, precisas formas para la oquedad del tiempo huido
[para siempre.

En estas horas extrañas, ascuas de tristeza, tengo abiertas las manos y
[las palabras,
verbo preciso en los labios y en el corazón que no ha de tener comienzo
[ni fin.

Canto VI

... ante un espejo que denuncia
o acaso altera las siluetas.
JULIO CORTÁZAR

Viene la soledad
a este tiempo de olvido
como una plaga,
como manos vacías
en brumas de agua
y liquen inmutable,
epifanía de árboles quemados,
gestos vencidos,
persistentes centinelas
de hollín y desencuentro.

Lágrimas de cal navegan párpados de piedra,
lágrimas sin memoria que danzan sobre flores
ensangrentadas, cenizas de amianto
en el frío desorden de incisivos puñales.

¡Cuánto silencio se agolpa
en el alma de los pájaros que huyen!
Festín de solitarios cuerpos
que tallan el vértigo y la náusea
de las impenetrables sombras del adiós.

Yo espero el signo del amor y la palabra
en este momento inmensamente vacío y eterno.

Canto VII

... toma estos dardos que te aseguran el
dominio sobre todos...

OVIDIO

Lascivia de astros coléricos en esta noche
que se hace y se deshace en nómadas
geografías y calaveras errantes,
espiral imantada de rosados equinoccios,
umbrías sombras de gótico claviórgano
que crea antífonas de salmos demoníacos. Dormida
memoria de roja escritura, adelfas
de materia impalpable, libélulas rotas,
labios que pronuncian las sílabas del miedo
entre pétreas arboledas y torrentes inmóviles,
crepúsculos de oros y azules,
fuego que se dispersa entre frutos
opulentos como una carne desnuda
anclada en las primitivas pasiones.

*(¿Qué hacer en este esperado encuentro
con la inesperada silueta de los días hendidos
por la memoria?*

*¿Qué viento para navegar el definitivo ángelus
de los recuerdos?)*

Palabras lejanas como un eco que se entierra y resucita: ningún
verso es oído en el corazón de la oropéndola, ni en la flecha ardiente
que sobrepasa las aguas y el óxido de los soles taciturnos,
todo es transfiguración, desordenados aceros, despertar eterno,
verbos indescifrables de arcilla y agua, manos que son
espectros de caricias en las mareas lunares, en la luz
de música delgada sobre piedras incorpóreas.

La noche finge una cascada de geranios en el trémulo
corazón de la salamandra, en las pezuñas insomnes
del fuego, pasos de hierba e insectos hacia un templo vivo.

*(La soledad se asiste sola;
tu pelo, tu nuca, son un paisaje
inhabitado en mi errático corazón,
una mirada sin alma
entre claridades lóbregas).*

Fiesta convulsa de vértigos y aristas, de dioses
solitarios sobre un mundo extinguido, una palabra,

**un silencio, la noche se ha vuelto invisible, agonizante,
en este tiempo hecho piedra a piedra.**

**Arrebatadora melancolía que se adhiere a los pliegues de mi alma,
y sin embargo, a pesar de su biseles, cuando hablo con ella,
hablo contigo.**

Canto VIII

**The skin of the world, the sound of the world.
ROBERT MOTHERWELL**

**Ocaso promiscuo de dioses
vencidos y de hespérides
resplandecientes de luna,
noches interminables
de enajenado cosmos donde el fuego
se dispersa entre resedas y mirtos.**

**Candente frío en tu cuerpo de arcilla
donde la tarde multiplica alas de almizcle,
lascivo alabastro de planetas,
zarpas de luz hurgando tu carne arrebatada
en las sutiles geometrías del tiempo.**

**No habita el hombre este mundo
ni los mundos agonizantes de geografías rotas,
sólo una caricia que habite en mis manos
y los días serán el universo entero.**

Canto IX

Nunca desde los labios que te beso,
nunca
desde la voz que dice: “No te vayas.”

PEDRO SALINAS

Los escorpiones rozan
mi piel por tu silencio
de luna en este bosque
de cristal
y agua derrotada.

Qué mórbida boca,
qué dulce respiración
ahogadas en la muerte
de los días, en los fingidos
sueños de plateadas crines.

En el linaje de los solsticios, allí donde tus manos
acarician las petrificadas sombras del tiempo
detenido, en los desórdenes de luz que redimen
yertos atardeceres de púrpura, el aire encendido
festeja tu perfil de lirio entre el rumor umbrío de planetas
[antiguos.

Se posa el sol en las enramadas taciturnas,
en el ápice vertiginoso del tiempo
que habitan endriagos y sirenas de nácar,
donde los naufragios del deseo, como bestias ruidosas,
hacen brotar rosas en el pecho del dios de la melancolía.

Descalzo jardín,
inminencia de palabras desoídas
en los perdidos pasos del otoño;
la soledad desciende y se derrama,
muda, finita, que aprisiona,
en busca de todos y de nadie.

Canto X

**¿Lo infinito? No. Cesa
La angustia insostenible.
Perfecto es el amor:
Se extasía en sus límites.**

JORGEN GUILLÉN

**La noche es un ópalo
besado en la oscuridad, una espada,
un gadamecí centellante,
flores de azufre, una muerte
repentina, umbría y delicada.**

**Me abrazo al árbol
del alcanfor, que tiene poniente
en la mejilla, brocado y vendaval
de madrugada efímera,
sombras y ortos
de cenizas estelares.
Oscura noche
de albatros y bajíos,
tu cuerpo luminoso en la bañera,
me sonrías con ademán de lirio,
y el universo, detrás de la ventana,
aguarda para ponerse,
de nuevo, en movimiento.**

Canto XI

**Chaque ouvre à faire a sa poétique
que en soi, qu'il faut trouver.**

(Carta de Flaubert a Louise)

**Aquellos días que fueron
como lumbre de orquídea,
sosegados entre las oscuras
balaustradas donde en el fulgor
cóncavo de los helechos
te esperaba como garza y cimbel.**

**Tu voz me venía
por el poniente de cristal,
en los bruñidos mares
nacidos en mis manos,
con la horma
del amor perfumada de lirios.**

**Yo aguardaba, como
en las famosas Cícladas,
en los céfiros y en las caracolas
solitarias, en los tercios
brillos nacarados que son
mar y plenilunio.**

Canto XII

Avec ce Seúl objet dont le Néant s'honore.
STÉPHANE MALLARME

En las vértebras delicadas de los atardeceres
que sueñan pájaros, que fijan la geografía
del mar y el tímpano entre arrebales
y ocres precisos, he puesto mis manos,
las que ayer surcaron la telúrica
esencia de tu piel desnuda,
con los cuencos vacíos y olvidadas
las caricias, suplicantes ante los astros
formidables que cada noche nos regalan
un trozo de eternidad. He muerto
certeramente junto a los lirios,
como fingida ceniza de planeta y agua,
en la indescriptible mueca terrenal
que puebla de ausencias las noches
donde agonizan los gorriones.
¿Será posible resurgir de estas esferas
y antorchas de pétrea soledad?
La frágil carne de los días
se gangrena en estos atardeceres
en que mis manos, cautivas de cielos añiles,
vuelan como ausentes por el lúgubre Orión.
Si estas tardes de abandono,
de mascullante retiro, tuvieran,
como los viejos campos de piedras,
musgo e hierro, algún sendero
para la esperanza, para que mis manos
volvieran al terciopelo de tu piel,
habrían valido la pena, después de todo.

Canto XIII

El brillo de tus ojos
es leve espada de aire
que rinde al umbrío poniente.
Escenas fugaces de jazmín y erial,
te entregas a mis manos
como una gacela herida
bajo el crepitar de añiles
y planetas
de la tarde infinita.
Luz efímera mordida
por las caricias y el susurro
del tiempo detenido,
ascuas en tus labios
de sonrosada hechura,
tu cuerpo: arrecife de nácar,
rumor de planetas y de agua.
Eternidad de céfiro
latiendo al unísono
con el pulso del amor y la gardenia,
con la clara armonía
que modelan
tus manos silenciosas.

Canto XIV

Es esta tarde encalmada, liturgia de un mundo recién creado, de rosas y cristales del tamaño de lechos, como el canto de un mirlo subido en el cedro o en el magnolio de hojas formidables. El piélago ceñudo de la nostalgia también acude a reconocer el rostro de las horas, las cicatrices venales en las ánforas del tiempo, como sombras indiscretas que zigzaguean en la inquietud declinante de cirros y arreboles. Recuerdos heridos que provienen de una cavernosa orilla baldía, galernas insurgentes, engalanados con el impasible don de la tristeza. La calle, el río, mis pasos de ayer, son navegados por gabarras de melancolía, con velas rojas anchas a sotavento, virando en la pesada verga, sosegadas en esta tarde que es isla en el trecho del alma. Árboles polvorientos cubren la pesada soledad del día, anidado de sepias y amarillos, monótono como abejas monacales, y que es necesario beberse sorbo a sorbo.

Canto XV

**desde el Ocaso un Sol más vivo...
LUIS DE SANDOVAL Y ZAPATA**

**Un sol de ágata
tornasolea vuestros cuerpos
tendidos, convocados
por signos quiméricos y argollas
de sangre, cuerpos de zinc
como un haz de insectos esculpidos,
sombras irreales
que el destino inventa y borra.
Rumor que se eleva
hasta convertirse
en pedernal hablante,
frágiles siluetas
de palabras vencidas
sobre la hierba
que es nube y agua.
Ignorad la mueca del gorrión dormido,
las grietas y el color de polvo
que reinan sobre tizones,
festín de caricias imposibles,
trasmundo de fantasmagoría
que al tocar vuestros cuerpos los disipa.**

Canto XVI

Háblame, vertiginoso camino,
tierra de abatidos huesos,
voces en las olvidadas esquinas,
muladares de luz y sombra
casi líquidas, horas inextinguibles
en la geometría de los saurios,
trémula danza de fuego y piedra
bajo un cielo sostenido por las manos
astilladas de ángeles atroces.

Arrancados enigmas de caricias
decapitadas en un lienzo, del susurro
del alcotán, inanimado fulgor en los pasos
y en la agonizante magnolia, trémula espera
en la delicada muerte
del viento donde habitan los faunos.

Expiación en los lodos y en el agua,
en la furtiva matemática del tiempo,
allí donde el cielo baja y asciende la hierba
y el pulso de la sangre anega la memoria,
el mórbido tránsito de un grito enredándose
entre los dedos, en el último resquicio de la nada.

Inútil remanso sobre mi cabeza, mi sien,
el dorso de mi mano asida al corazón helado
de los pájaros que mueren tentando la oscuridad.
Mágica distancia sobre sombras indecisas,
equinoccios heridos por enjambres de lunas
en la quieta fosforescencia de los sueños.

Háblame, camino, mientras mi rostro se inclina
sobre la geografía del alma y se interna en sí mismo.

Canto XVII

Henchida la noche unánime de la inconstancia de la carne,
camina por astros de intacta materia, entre lodos
vegetales y pájaros presos, en busca de la discreta muerte
del tiempo y la palabra. Plomo entre los dedos del aire,
claridades inanimadas en un vértice de fuego,
trazo de cimitarra en la helada tiniebla, en el azul
que la noche demora.

¡Grito de quemadura,
entre piedras de gules, araña deslumbrante!
Rutas de ocaso en su mano pacífica, delirios
que se levantan malheridos con invisibles muecas
de resplandores que desgarran al borde del vacío.
Susurros impertinentes de los olmos y los álamos,
muralla abierta donde las lunas duermen,
hosquedad silente de estupor y acero
en un alto vuelo donde la vida se petrifica.

Balbuceo del escorpión que se ahoga en su cólera,
los pensamientos surgen, se callan, vuelven,
junto a los cuerpos abandonados, junto a los rostros
bajo el asedio de los signos. Débil muerte
hasta que el sol toca las sienes del insomne.

Canto XVIII

Toma mis ojos
y colócalos
en las ramas
donde bosteza la noche,
en el plumaje
de las súbitas grietas
del cuerpo y el espíritu,
en las arterias veraces
que van de un silencio
a otro silencio
sobre planetas opacos.

Gentes, palabras...
Un pájaro se detiene
en el vacío
que rodea al universo
y furiosamente gira,
se desvanece
en geometrías vertiginosas
y gritos formidables,
abre los ojos,
todavía esta vivo,
sujeto en los astros.
Mis manos también
despiertan al sol
en la levedad de la nada,
por el empedernido solsticio
umbrío y taciturno.

Cántaros penantes
bautizan los viejos
corredores de la angustia,
el vino negro
que repliega sus alas
y reposa
levemente en tu costado.

Fluyen nuestros cuerpos
esta noche,
como tiempo que termina,
presencia que se acaba en un abrazo,
pero basta que nos miremos
para retornar a un perpetuo renacer.

Canto XIX

El gozo inválido en la hora que cae,
(ella se mira un momento en el espejo),
música fúnebre que enflora y verdea
las ramas que el viento no conmueve,
el titilar de las estrellas que se apagan,
insólito reino crepuscular, laurel huído,
de las voces más confusas y solemnes.

¿Dónde se encontrarán las palabras?
(se alisa el pelo con mano automática)
Pájaros de nieve llegan, crisan, rompen,
prolonga su instinto la vida de alabastro,
el unicornio que espera el silencio,
la negación del verbo en los vértices del agua.

(Ella se duerme sin apenas un sueño).
Qué mares, qué islas, qué orillas
llamando entre la niebla.

© Juan Antonio Molina

Editado para Puertas Abiertas el 9 de Septiembre de 2003

<http://lawebdefelix.iespana.es>

E-mail del autor: jmolinagomez20@hotmail.com